

NOVIEMBRE

29

JUEVES

En esta fecha saldrá el  
**NÚMERO - ALMANAQUE**  
de  
**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

Al comprarlo exija usted  
un álbum para las pos-  
tales. ¡No lo olvide usted!

Precio: DOS PESETAS

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 58

50 cts.



LA BOHÈME

por  
María Jacobini  
**Filmoteca**

de Catalunya



**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

---

Redacción { Gran Via Layetana, 17  
Administración { Teléfono, 4423-A  
BARCELONA

AÑO II

N.º 58

---

---

**LA BOHÈME**

por MARIA JACOBINI

---

Marca: NATIONAL FIMS.-Berlín.

---

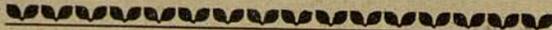
Concesionarios:

Cinematográfica VERDAGUER S. A.

Consejo de Ciento, 290.-Barcelona.

---

Argumento de la película de dicho título.



# LA BOHEME

París, ese gran París, sostén, amparo y cobijo de la universal «Bohemia», adormecido momentáneamente, despertaba á los helados resplandores de una aurora brumosa.

Marcelo, un pintor que siempre achacaba á envidias del Jurado el que sus lienzos no fuesen admitidos en las exposiciones, buscaba inspiración en los Sagrados Textos para su nuevo cuadro: «El Paso del Mar Rojo»... en tanto que su vecino Rodolfo, el poeta sin laureos ni editores, leía, apesadumbrado, un desconsolador aviso que su portero fijara en la pared de su zaquizamí la noche precedente, y que decía lo que sigue:

*“Apreciable señor poeta: Por la presente me permito recordaros que mañana es el 18 de Octubre y que como con éste van tres meses que no me abonáis el alquiler del piso, si en todo el*

*día de mañana no me entregais las tres mensualidades, me veré precisado á desahuciaros.*

*Vuestro humilde servidor.*

*H. Durand.*"

Marcelo había recibido una carta de Musette, que le trajo alegría á su espíritu, y desde la ventana llamó á Rodolfo:

—¡Carta de Musette! —le dijo, enseñándole, al aparecer aquél á la ventana de su cuarto, el papel escrito por ella.

Rodolfo, con menos motivos de jolgorio, contestó, mostrando la nota amenazadora recibida:

—¡¡Carta... del casero!!

Marcelo se trasladó á la bohardilla de su amigo—este, por tradición, es el sitio que les corresponde habitar á los melenudos—cuando Rodolfo hacía su «paquete» para mudarse á otras alturas.

—Pero, ¿te vas?—le preguntó Marcelo.

—No quiero líos con el casero. Me marcho con lo más indispensable, y que se cobre en mis muebles!

—¡Todo puede arreglarse, caramba!

—Le debo setenta y cinco francos. ¿Puedes tá prestármelos?

—Déjate de bromas... «metálicas»... Vamos á casa de Colline... Tal vez él esté en fondos.

—Como quieras... De todos modos, yo me

llevo estas ropas y mis libracos... por si tampoco Colline estuviera en fondos.

Así, pues, los dos artistas, hermanos de esa simpática comunidad á la que se deben tantas bellezas, salieron de la mísera vivienda; pero después de descender ciento cincuenta escalones, peldaño más ó menos, tropezaron con el perro de presa, nombre vulgar del portero, que les interceptó el paso con esta frase:

—¡Tengo orden terminante del propietario de la finca de no permitir que saquéis absolutamente nada de la casa!

—Bueno—contestó Rodolfo—; tomad mi equipaje... Cuidádmelo bien todo, que hoy mismo pagaré las tres mensualidades.

En camino de la casa de Colline, Marcelo volvió á leer la carta de la coqueta y amadísima Musette, su traviesa Musa:

*“Paris, 8 de Octubre de 1840.*

*Mi ilustre y adorado pintamonas: La vida en compañía de Pomponneau es para mi un infierno. Celoso y desconfiado, me martiriza sistemáticamente, y no me deja en paz ni un solo instante. Con deplorable frecuencia véome precisada á soportar pacientemente sus brutales amenazas y sus vesánicos arrebatos de cólera.*

*Aburrida y cansada de soportar tantas impertinencias, he decidido pasar la noche próxima contigo y con los amigos en el café de Momo,*

donde espero me amenicéis un poco la existencia.

*Siempre tuya.*

*Musette.\**

Pero el texto de esa carta era contrario á los hechos, pues Musette se daba la gran vida y convertía á su viejo adorador en un cordero que sufría todos sus caprichos sin atreverse á levantar demasiado la voz en su presencia.

Sonriendo y pensando en las delicias de la intimidad que la bella trívola le prometía en su misiva, Marcelo trataba de despejar las ideas cargadas de humos densos del poeta, y la casualidad bendita, en la forma de una mujer, le ayudó en su buen intento, pues Rodolfo transfiguróse al verla. Ella era, Mimi, joven ingenua, dulce y delicada, laboriosa oficiala de un taller de sombreros, que precisamente iba á un piso de la misma escalera donde vivía Colline. Debido á la precipitación con que iba Mimi, se le cayó la caja de sombreros que llevaba en la mano, abriéndose y esparciéndose su contenido por el suelo. Marcelo y Rodolfo se apresuraron á recojer los sombreros y á dárselos á ella para que los colocara de nuevo en la caja, y antes de terminar esta operación, entre risas y frases galanas, Rodolfo le murmuró, con sentimiento de poeta, esta fineza:

—Bendigo á mi buena estrella por haberme

deparado la ocasión de conoceros... ¡Sóis mi bello ideall...

Mimi, azoradísima, se escurrió de los artistas, desapareciendo escaleras arriba, y al sentirse perseguida, buscó protección en cualquier cosa, no viendo mejor solución que tirar fuertemente del cordón de la campanilla de la casa donde iba.

Marcelo y Rodolfo, encantados de la aventura, siguieron subiendo, sin cesar de echar miradas hacia abajo. La dueña del piso, cuya campanilla había agitado con tanta furia la modista, abrió la puerta gruñendo, y de la misma manera le contestó, al ser preguntada, que lo sentía mucho, pero que el cuarto estaba alquilado ya. Mimi buscaba, pues, una habitación para ella.

Mientras Marcelo veía á Mimi descender la escalera, defraudada en su deseo de alquilar el cuarto, Rodolfo leía esta indicación, puesta en un papel en la puerta del interesado:

*"Estoy en la Biblioteca.*

*Colline.,*

En vista de ello, Marcelo y Rodolfo salieron apresuradamente á la calle, deseando alcanzar á Mimi, á la que vieron, asombrados, entrar en la casa donde ellos vivían, y salir poco después de ella; y, sin preguntarse á qué podía haber ido ella allí, la siguieron, desde lejos,

pues ella, al divisarlos por segunda vez, echó á correr hasta despistarlos, ocultándose...

El motivo de haber salido Mimí de la casa que habitaban los dos artistas era el de preguntar al portero en qué condiciones le alquilaría la habitación disponible del quinto piso que anunciaba un cartelón colgado en la fachada, y que era, como se habrá supuesto, la de Rodolfo. El portero la había contestado como sigue:

—Esta noche podré, probablemente, cederos esa habitación, porque el inquilino que la ocupa es un poeta tronado, que no podrá pagar las tres mensualidades que adeuda.

Marcelo y Rodolfo llegaron á la «biblioteca» de Colline, que no era más que el mercado de libros ambulante, y le pusieron al corriente de la apurada situación del segundo; pero él les dijo:

—Habéis llegado tarde, amigos míos... ¡No me queda ni un franco!

El último recurso que les quedaba era la ayuda de Schaunard, el cuarto bohemio «aliado»; y á su encuentro fueron.

Mientras, Mimí, de regreso al taller, recibía de manos de la directora, un obsequio, consistente en una lujosa caja de bombones:

—¡Es un nuevo regalo de tu desconocido y

generoso adorador! Debe ser muy rico... ¡Si pudieras pescarlo!..

Mimí mostróse indiferente y, reuniéndose con sus amigos, les distribuyó el contenido de la caja de ignorada procedencia, entre la natural alegría.

Si no hubiera habido otra indicación que la del siguiente rótulo sobre un cartón adherido á la pared:

*“Curso gratuito de música vocal é instrumental para ambos sexos.*

*Informes en el interior.*

*Maestro Schaunard”,*

ella sola bastaba para designar que aquel era el café de Momo, centro de la bohemia, principalmente de los cuatro amigos. En él Rodolfo, Marcelo y Colline hallaron á Schaunard y, juntos, se apoderaron de una pieza reservada, obligando á un apacible consumidor á abandonarla, so pretexto de que el local pertenecía al arte.

Schaunard tampoco estaba «de buenas»; y Rodolfo ya descontaba dormir en casa ajena, porque no vislumbraba ni remotamente la posibilidad de hacerse inmediatamente con setenta y cinco francos.

Mas, he aquí que un aspirante á celebridad, un fatuo con tanto dinero como ridículas pretensiones literarias, que los conocía á todos

les importunó en medio de la general tristeza:

—He terminado ya el primer capítulo de mi poema, que titulo «Juventud»,—les dijo—y voy á leerlo para que me déis vuestra opinión imparcial.

Marcelo, por sus compañeros, contestó, apesadumbrado, al «escritor»:

—Sentimos infinito no poder escuchar, por el momento, tan sabrosa lectura, señor Barbemuche; pero nos urge buscar setenta y cinco francos para nuestro camarada Rodolfo, á quien un casero sin entrañas trata de desahuciar.

Entonces, Barbemuche, para granjearse más las simpatías de los bohemios, se apresuró á ofrecerles su apoyo:

—Perdonad, pero... nosotros, los artistas, tenemos que ayudarnos mutuamente.

Y, moneda tras moneda, los setenta y cinco francos salvadores de la situación de Rodolfo tintinaron sobre la mesa, alrededor de la cual estaban todos sentados.

Además de esa prodigalidad, Barbemuche obsequió á los «árbitros» de sus producciones literarias con una suculenta cena que les sentó á las mil maravillas, y durante la cual escucharon, ó mejor, fingieron escuchar, la lectura del antedicho poema... Luego hicieron algunas observaciones al autor, para que se

separase de ellos, para corregir ciertos pasajes del texto; y quien no dormía, de los cuatro bohemios, «satisfechos», hablando del apetito voraz de antes, era porque tenía algo en qué pensar: por ejemplo, Marcelo, cuyo pensamiento, atentos sus ojos á las espirales de humo que despedía su pipa, dibujaba á través de ellas á Musette; y Rodolfo, subyugado por una visión celestial—Mimí—sonreía...

Entretanto, las oficialas de la modista de sombreros Amelia, de las que formaba parte Mimí, salían del trabajo y á la puerta del obrador, con encantadora rapidez, la mayoría de las damitas se alejaba con un galán.

Mimí, con varias amigas, se dirigió á su casa, pero, en camino, éstas, señalándole uno de los varios jinetes que se acercaban, la dijeron:

—¡Mira, Mimí: ese es tu adorador!

El aludido era el vizconde Pablo, quien, seguido de sus acompañantes, persiguió, á caballo, á las fugitivas muchachas que se dispersaron, pero á las que, cada cual por su lado, alcanzaron para cortejarlas.

Mimí, desde luego, tuvo por perseguidor al Vizconde y no le fué posible escaparle; desconcertada, apoyándose en un corpulento árbol del bosque del paseo, con los ojos fijos en el suelo, escuchó las flores galanas del ardiente enamorado:

—¿Por qué os obstináis en deformaros con el trabajo manual estos dedos bellísimos que yo ansío recubrir de perlas y brillantes?

Mimi no contestó y se sentía feliz; sin embargo, cuando el noble le besó su mano, el contacto de sus labios en ella, enfrió su ilusión. Y Mimi huyó del vizconde como si evitara un peligro.

Aquella noche, una lluvia abundante y pertinaz ejerció de providencia para que la traviesa Musette se saliera con la suya, burlando al viejo que consentía en todos sus caprichos, aunque riñeran desafortunadamente. Y hemos dicho que la lluvia protegió el proyecto de Musette, porque al salir, con Pomponneau, de su casa, le mandó, desde la puerta de la calle, al piso á buscarle un paraguas... y sin esperar su regreso se alejó, en el coche que los estaba esperando, en dirección al café de Momo, lugar de la cita con Marcelo. Y al verse el viejo burlado, salió, unos instantes después, en persecución de la indómita.

Musette llegó al mencionado café y Marcelo, con *más expresivas pruebas de loca alegría* que sus compañeros, celebró la vuelta de la tornadiza que sólo á él, y cuando le quedaba tiempo, amaba con amor...

Marcelo, con suavidad de artista, ayudó á

Musette á quitarse los lindos zapatos mojados para secarlos al calor del fuego del hogar de la estancia, y en tal operación, negligentemente, Musette subióse extremadamente la falda, poniendo al descubierto, hasta la rodilla, sus preciosas formas envueltas en seda.

Phémie, (1) la compañera de Schaunard, que por cualquier cosa lloriqueaba, principalmente cuando el músico le daba desprecios, le dijo á éste, refiriéndose á Musette:

—Ella con medias de seda... y yo, ¡mira como voy!

Y Phémie mostró parte de sus piernas, cuya evoltura ofrecía una variedad de colores que quitaba el hipo.

Por toda respuesta, Schaunard enseñóle sus calcetines, también de «tutti colori», y agujereados por añadidura.

Pomponneau llegó en aquel momento, echando lumbre, y molestando con su precipitación á los consumidores que se hallaban en el café y cuyo «departamento colectivo» hubo de atravesar para llegar hasta la pieza reservada á los bohemios amigos. Viendo á Musette con Marcelo, tuvo una explosión de celos:

—¡Señorital... ¡Por fin!

Pero Musette, convencida de que le tenía

(1) Phémie se pronuncia en castellano: «Femí».

«casi magnetizado», dirigió una mirada terrible al vejstorio, apaciguándole *ipso facto*. Para disimular, Pomponneau puso cara risueña y la entregó su paraguas:

— ¡He aquí vuestro paraguas!

Musette tiró al suelo el paraguas que el viento había destrozado volviéndole el varillaje, y, con un rostro muy subido de acritud, ordenó al mil veces humillado adorador—cuya pasión por ella no disminuía—que le ayudara á calzarse para seguirlo.

Mientras Pomponneau se «rebajaba» una vez más, Musette pidió, con un gesto, á Marcelo, que estaba á su lado, la llave de su bohardilla, para poder ir á ella tan pronto como pudiese burlar de nuevo al viejo.

Pero los camaradas de Marcelo comprendieron que hacía falta un subterfugio para distraer á Pomponneau de aquél y Musette, y permitir la fuga de éstos, y lo invitaron, con grandes demostraciones de consideración, á beber con ellos una copa de buen vino. La cosa salió bien, huyendo juntos la coqueta y el pintor y recibiendo el viejo, que salió en su persecución, sin resultado, un disgusto descomunal.

A poco, salieron del café Momo Rodolfo, Colline y Schaunard, los dos últimos «mareadísimos» y apuntalándose en cada brazo del

primero respectivamente. Como que llovía, Rodolfo echó mano del paraguas del «literato» Barbemuche y más tarde, éste, gesticulando con excitación, hubo de salir del establecimiento con el paraguas que Pomponneau había traído, completamente destrozado. Sin embargo, la tela, aunque floja, le cubría, sosteniéndola con las manos, á lo menos el sombrero y los hombros. La fiesta le había salido cara y encima salía ¡mojado!

Rodolfo condujo á sus referidos amigos á su casa, y al llegar al último piso, éstos se acomodaron en el rellano, con ansias de «dormir la mona», mientras Rodolfo, con toda tranquilidad, abrió la puerta de su bohardilla... y algo insospechado ocurrió: ¡Mimi ocupaba el cuarto!

La sorpresa fué por demás grata para ambos, demostrándolo con una sonrisa Rodolfo y disimulando con inmutable rostro Mimi.

—Perdonad, señorita... Creí que esta habitación me pertenecía aún...—la dijo, confundido—. Pero,—torpe de mí—ya caigo en lo que ha sido: ¡he olvidado pagar el alquiler al tigre del casero!

Mimi despegó ligeramente sus labios para dibujar en ellos un gracioso mohín...

Al despedirse, en seguida, de ella, repitiéndole sus excusas, Rodolfo pisó, involuntaria-

mente, una pata de la gatita de Mimí, quien, alarmada por los maullidos del animalito, lo tomó en sus brazos. Entonces, gracias á esta torpeza suya, Rodolfo pudo acercarse á Mimí, arrodillóse casi pegado á su falda, envolvió con suma delicadeza la patita dolorida de la providencial gatita, deleitándose en el roce, hábilmente producido por él, de sus manos con las de Mimí que sostenía al felino, y cuando ya no hubo motivo para prolongar la permanencia en su «ex palacio» junto á la princesa de su ilusión, retiróse, sonriéndola sin cesar, con el corazón—de poeta—tejiendo la más bella filigrana de ternura y amor.

Sin domicilio y con deseos de descansar, Rodolfo pidió hospitalidad á Marcelo (que, como ya se ha dicho, vivía en la misma casa). Aunque Musette estuviera en el cuarto del pintor, el vate fué recibido, pues una cortina ocultaba el lecho donde aquélla, muy dispuesta á *dormir*, se hallaba ya.

Rodolfo contó á su amigo su aventura y Marcelo le cedió una pequeña habitación contigua á la que él ocupaba y que separaba una discreta puerta.

A la mañana siguiente, Colline y Schaunard tuvieron un terrible despertar después de un sueño más atroz todavía, pues el portero se encargó de despertarlos:



...deleitándose en el roce, hábilmente producido por él...

—¿Qué hacéis aquí? ¡Esto no es un mesón! Largo, que son las ocho!

Rodolfo, levantado desde muy temprano, vió desde la ventana de su estrecho cuarto, á Mimí arreglándose para salir; y al objeto de atraer sobre sí sus miradas, le envió el reflejo del sol en un espejo de mano que le llamó en seguida la atención. Mimí, para cerciorarse de quién era el que la molestaba la vista, abrió una hoja de su ventana, con tan mala fortuna, que cayó al suelo un búcaro con flores. Afligida por tal suceso, Mimí cerró la ventana y no miró más hacia la de Rodolfo, cuya pena, por haber sido el culpable de la desgracia, le atormentaba. Desde este momento, apostado á un lado de su ventana, Rodolfo siguió atento los movimientos de Mimí y cuando supuso que iba á salir á la calle, hizo lo mismo y fué tras de ella, la suplicó le perdonara, le manifestó sus vivísimos deseos de serle agradable, y comprendiendo que las flores son el camino más rápido para llegar al corazón de la mujer, la hizo un delicado obsequio de ellas... La fingida indiferencia de Mimí cedía y su linda cara, sonriente de felicidad, era el mismo cielo para Rodolfo, y mayor aún fué su simpatía cuando ambos vieron que sus sentimientos eran los mismos, pues renunciaron á un placer para dar una limosna á una ciega: en efecto,

Mimí había manifestado el deseo de aceptar de Rodolfo el obsequio de una bolsa de castañas calientes, y cuando él se la había entregado ya, una niña, que pedía limosna por la ciega que tocaba el violín, acarició la mano de Rodolfo que contenía el dinero para pagar á la castañera, y los dos jóvenes, dominados por un mismo sentimiento, antepusieron la caridad al capricho.

Entretanto, en su despreocupado interior, la pareja Musette-Marcelo se mimaban cual dos inseparables y locos enamorados. Decididamente, Musette, volvía á abrir su corazón al pintor y no lo abandonaría... hasta que el corazón se lo dijera... lo cual lo mismo podía ocurrirle en una hora como en un año... Pero esa vez, como enviada por la diosa del amor, una alba paloma se presentó á su ventana, y con toda precaución lograron hacerla entrar, abriendo aquélla, en el cuarto, para simbolizar la dulzura del amor que en él reinaba.

Colline y Schaunard, todavía medio dormidos, aparecieron en el taller de Marcelo cuando éste echaba el lazo al ave para apresarla, con tal puntería, que el prisionero fué Schaunard; pero aquél salió ganando, pues se aprovechó de ello para exigirle dinero al músico á cambio de la libertad. Luego, recordando que no se debe molestar al prójimo, sobre todo si á

este prójimo le acompaña una prójima, Colline y Schaunard regresaron cada cual á su «castillo».

Mimí y Rodolfo no perdían el tiempo...

—Sentáos én este banco, señorita, y charlaremos...

Rodolfo agachóse para sentarse y se le cayeron al suelo varios pliegos de papeles que llevaba en un bolsillo interior de su americana. Mimí, solícitamente, le ayudó á recogerlos y se detuvo un momento en la lectura de una de las hojas.

—¡Ah! ¿Sois acaso poeta?—le preguntó.

Rodolfo contestó en sentido afirmativo, y Mimí, súbitamente, le amó más,—pues ya le amaba,—y la conversación que siguió fué franca, como de amigos de algún tiempo.

—¿Puedo saber v uestro nombre?...—la había rogado él—De fijo será tan bello como vuestro rostro.

—Me llaman Mimí...—contestárale ella—pero mi verdadero nombre es Lucía.

Simultáneamente, el noble adorador de Mimí con una constancia inquebrantable seguía haciéndole llevar obsequios á la casa donde trabajaba, y el encargado de ello era Barbemuche, pero éste, ya cansado de las miradas burlonas que las modistas le dirigían desde el obrador, le dijo, la última vez:

—Perdonad, señor Vizconde, pero estos enojosos encargos debiérais confiárselos á otra persona... ¡No olvidéis que soy vuestro tutor!

Mimí y Rodolfo llegaron á tal grado de mutua inteligencia y cariño, que el poeta, á cada nuevo instante, se creía más cerca de la gloria...

Al trasladarse á su nueva habitación, que el conserje, mediante previo pago, le había cedido, Rodolfo dijo á Mimí:

—Mimí, ¿queréis ser la luz, el calor y la alegría de mi desabrido hogar?... ¡Quedáos en él para siempre!

Mimí fingió querer huir de sus brazos... el son de un organillo llegó hasta la bohardilla... aquélla detúvose, frente á la ventana, para tararear la canción... Rodolfo, trémulo de emoción, le quitó el sombrero... De nuevo Mimí disimuló que no accedía á la pretensión del poeta... pero—lo mismo que una larga caminata cansa el cuerpo, la ficción de un amor que desborda en el pecho fatiga el alma,—al fin, la gatita fué muda testigo de la «capitulación» de su dueña...

\* \* \*

Al día siguiente, Mimí y Rodolfo se amaban con delirio y todas sus palabras se resumían á vehementes promesas de imperecedero amor.

Como además de su cariño por Rodolfo, que

llenaba toda su vida, Mimí tenía el que había puesto en su gatita, se alarmó, no viéndola por ninguna parte en el cuarto, y le preguntó á aquél:

—¿Dónde está mi gatita?

A lo que, máliciosamente, Rodolfo replicó:

— En el tejado con su novio.

Mimí sonrió clavando sus ojos en el suelo, pero su rubor no podía durar mucho porque ya no tenía razón de ser, después de la absoluta entrega de sus enteros seres en aras de la mágica palabra de la vida: AMOR.

Conforme, en broma, lo había adelantado Rodolfo, la gatita, poco después de haber sido nombrada, aparecía, procedente del tejado, y lamía la leche que, en un plato, le había preparado Mimí encima de una mesita junto á la ventana. Rodolfo y Mimí se miraron largamente, como confirmándose que el amor guía á toda la creación, y se cubrieron de caricias cuando, produciéndoles la natural tierna impresión, vieron un gato negro colarse en el cuarto sin autorización, para, sin pedir permiso tampoco,—probablemente porque ya ello había sido convenido de antemano—participar del desayuno de la gatita, su novia!

Colline, Schaunard y Phémie, su llorona compañera, fueron á visitar á Rodolfo; llamaron repetidamente á la puerta de su cuarto, y

como se les hacía esperar, se afirmó en ellos la duda de que dentro había gata encerrada, y le cantaron:

Abrenos al punto

Querido poeta

Muéstranos la Musa

Que te inspira endechas...



.. y se cubrieron de caricias....

Rodolfo abrió, después que Mimí se hubo apostado detras de la cortina que ocultaba el lecho.

Husmeando el misterio, Colline y Schaunard, á un tiempo, corrieron la referida corti-

na y vieron, asombrados, arrodillada en el lecho, en una ingenua «pose», á Mimi. Los bohemios inclináronse en galante reverencia ante ella, y Rodolfo hizo las presentaciones de la siguiente manera:

—La Filosofía...—por Colline.



... vieron, asombrados, arrodillada en el lecho, á Mimi.

—La Música...—por Schaunard...

—Mi Poesía...—por Mimi.

Schaunard, para completar las Musas, presentó á Phémie, así:

—¡Mi Prosa!

Como era de prever, Phémie llamó á sí á las lágrimas.

Desde ese momento, Mimi formaba parte íntegra de la peña de los grandes bohemios.

La patrona de Mimi, que desde que ésta no volviera al obrador, recibió continuas visitas y recaditos del Vizconde, mandó, al cabo de muchas pesquisas, la siguiente carta al aristócrata:

*“Señor Vizconde:*

*Por fin, he descubierto el escondite de Mimi. Pierde lastimosamente el tiempo con un poeta de tres al cuarto. Mañana la espero en mi taller, y la haré entrar en razón.*

*Su afectísima;*

*Amelia.”*

Cierta vez, en el Café de Momo, Barbemuche, lleno de presunción, anunció á los bohemios:

—¡Amigos míos! ¡Tengo la satisfacción de comunicaros que el editor de mi obra la ha acogido con verdadero entusiasmo! Deseo solemnizar este acontecimiento y, para ello, reuniré mañana por la noche á toda la intelectualidad de París en los salones de mi pupilo, el Vizconde Pablo. ¡Quedáis todos invitados!

Mimi no conocía á su pretendiente por su nombre, y por tal razón no hizo el menor gesto cuando Barbemuche se refirió á él.

La invitación del iluso colocó á los bohe-

mios en gravísimo aprieto. Era preciso procurarse trajes, ninguno tenía un franco y cada cual salió á buscar dinero.

Marcelo, con su cuadro debajo del brazo, fué á proponer su compra á un viejo judío, negociante quisquilloso, que le objetó:

—¿...Y dice usted que este cuadro representa el Paso del Mar Rojo?... ¡Pues no veo el color rojo por ninguna parte!

Descorazonado, el pintor regresó á su casa, donde se hallaban Musette, Mimí y Phémie esperando el importe del ingreso de los francos que iban á reunir los bohemios, y al enterarse Musette de que el cuadro había sido despreciado y que por tanto Marcelo no había reunido un cuarto, le regañó, mordiéndole la rabia que le daba el pensar en la falta de «toilette» adecuada para asistir á la fiesta. Además del fracaso de su obra, Marcelo hubo de aguantar los irreflexivos improperios de su terrible compañera.

Rodolfo fué el segundo en llegar y en lamentarse:

—¡El editor no ha querido hacerme ningún adelanto á cuenta de mis poesías!

Contrastando sobremanera con el recibimiento que le había hecho Musette á Marcelo, Mimí consoló con dulces palabras al contristado poeta...

Schaunard hizo su aparición en tercer lugar; era portador de una buena noticia:

—¡Rodolfo! —le gritó— ¡Nos ha salido un trabajo de un imbécil que siempre paga bien!

—¡Bravo!

—Quiere un himno, para que lo canten unos coros cuando le sea impuesta no sé qué condecoración que le han concedido. Tú escribirás la letra y yo la música.

Como Colline no había conseguido nada, el único dinero en perspectiva era el que ganarían el poeta y el músico.

Y Rodolfo, aquella noche, veló para escribir los versos que le habían encargado, inspirado por la Musa, radiante de belleza, que era Mimí.

A la mañana siguiente, al disponerse Rodolfo á ir á entregar los citados versos, Amelia, la ex patrona de Mimí, llegó á su casa para verla á ella, y viendo que el poeta iba á salir demostrando que no sospechaba lo que se tramaba contra él, le dijo:

—¡Dejadla venir á mi taller siquiera algunas horas! Estoy agobiada de trabajo, y Mimí es la única que puede ayudarme. Se lo pagaré bien.

Rodolfo miró á Mimí y vió que ésta, con sumisión, acataría su deseo.

—¡Bueno! —contestó á su compañera— Ve,

si lo deseas... Voy á terminar con Schauñard el himno, y en seguida iré á burcarte.

Así fué como Mimí volvió al taller de sombreros.

Musette, no pudiendo resignarse á asistir á la fiesta anunciada por Barbemuche sin lucir



*... inspirado por la Musa, radiante de belleza, que era Mimí.*

un riquísimo vestido, envió á Phémie á casa de Pomponneau, el viejo celoso que envejecía más rápidamente desde que ella partiera, con la carta que sigue:

*"...v hace tiempo hubiera ido á implorar tu*

*perdón; pero no puedo abandonar mi retiro, porque todos mis trajes se hallan inservibles.*

*Mándame uno de seda, de color de rosa, si quieres volver á ver y besar á tu ingrata,*

*Musette."*

Si por la actitud de Phémie hubiera tenido que deducir Pomponneau el arrepentimiento de Musette, habría quedado completamente convencido, porque la llorona supo llorar á tiempo; pero nada le era necesario á aquél para perdonar á la frívola, pues desde que sabía que ella quería volver á su lado, olvidaba los antiguos hechos. Por consiguiente, Phémie llevó á Musette el traje pedido.

Con el dinero que cobró por sus versos, Rodolfo le compró un traje á Mimí y, conforme había sido convenido, fué á esperarla.

Pero, dolorosamente, se ofreció á la vista de Rodolfo, á través de los cristales de un ventanal, una escena en la que jamás pudo pensar. ¿Quién no se habrá imaginado ya lo que ocurría en el salón de recibo del taller de Amelia? De todos modos, he aquí una explicación: el vizconde Pablo se presentó á Mimí; Amelia los dejó solos; y aquél, cortándole la huida á la codiciada mujer, le decía:

— ¡Mimí... cesen los desdenes!... ¡Otorgadme vuestro amor!

Mimí, que divisó á Rodolfo, á través de los

mismos cristales por donde él la había visto, reunió energías y escapó al noble.

Rodolfo, entristecido, no pudo articular una sola palabra á Mimí cuando lo alcanzó, y ella, presintiendo que él había presenciado el asedio por parte del Vizconde, le estrechó fuertemente el brazo contra su corazón mientras se alejaban con apresuramiento, deseando, Mimí, ponerse pronto fuera del alcance de las miradas del empalagoso noble.

Paulatinamente, gracias á la ternura de Mimí, sincera de toda sinceridad, desapareció, con el enfado, el recuerdo de los celos...

Llegó la noche de la fiesta

Con el fin de halagar á su presuntuoso tutor, el vizconde Pablo había reunido en sus salones á una selecta concurrencia, ante la cual Barbemuche leía su poema con afectado énfasis.

Cuando el «escritor» hizo una pausa en su lectura, para dar un descanso entre el primero y segundo Canto, varios amigos del Vizconde se fijaron en una cara muy conocida, y uno de ellos exclamó:

—¡Ahl ¡Ved allí á Musette!

La aludida, que por lo visto conocía mucho á esos caballeros, se separó de Marcelo, aprovechando un descuido de éste, para verse ro-

deada de admiradores, ocasionando al pintor el consiguiente disgusto.

Barbemuche, cuando su pupilo apareció, le hizo la presentación de los bohemios:

—Mis amigos, los ilustres artistas de quienes ya os hablé.

Uno á uno, el Vizconde fué saludando á los artistas, y al llegarle el turno á Mimí la galanteó delante de todos, bendiciendo aquel encuentro; y los celos torturaban el corazón de Rodolfo.

Mimí, por prudencia, tratándose del dueño de la casa, aceptó sus amables frases.

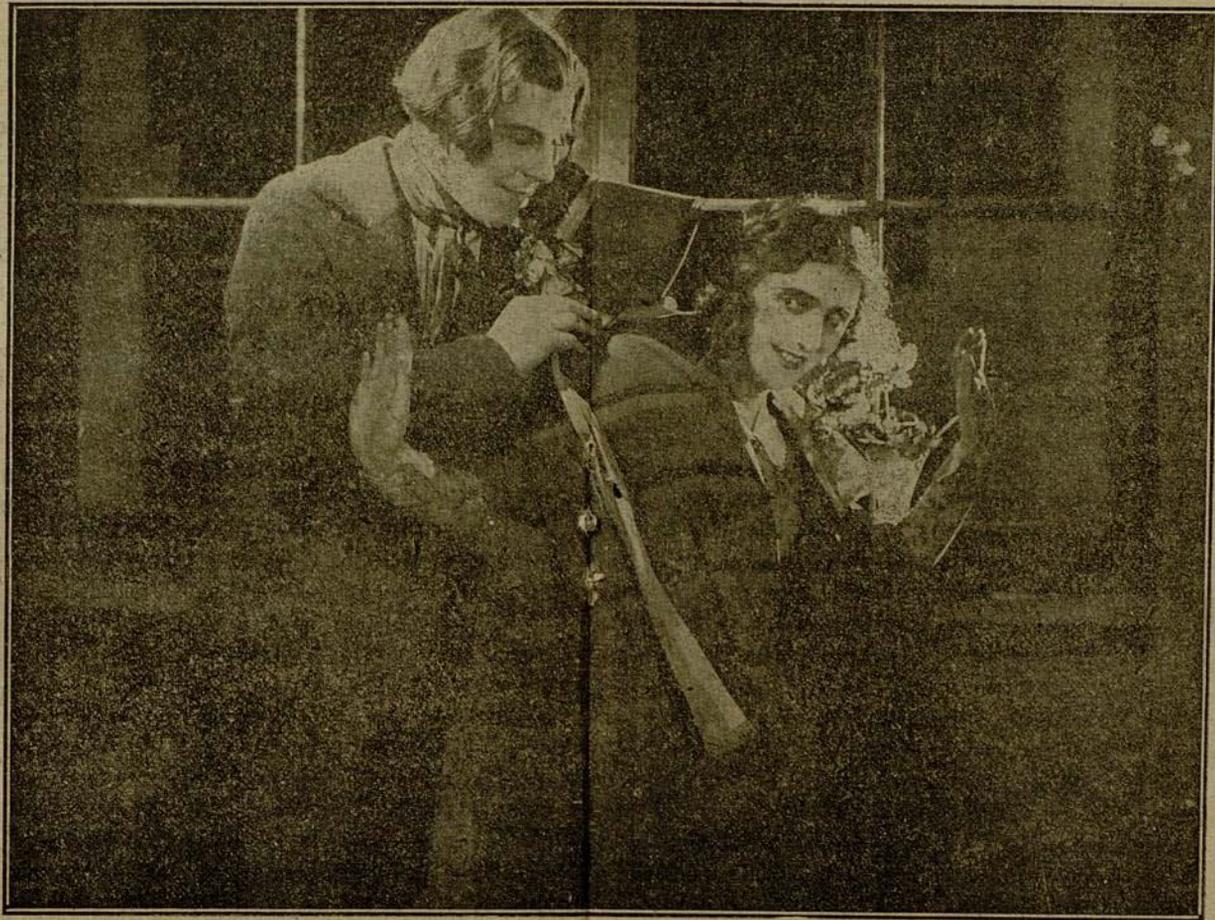
Barbemuche prosiguió la lectura de su obra; pero como viera que nadie prestaba atención á ella, desesperado, exclamó:

—¡Señores, ha terminado mi poema «Juventud!»

El fracaso era rotundo ó, lo que es lo mismo, pero suena mejor, era un éxito de fracaso.

Los invitados, al oír la ansiada noticia de Barbemuche, respiraron á sus anchas.

El Vizconde, mientras su tutor, emocionado por la *delirante aprobación* de su escrito, se secaba el sudor de su frente hundido en un sillón, ofreció el brazo á Mimí para conducirla al comedor donde iba á celebrarse un lunch en honor del «literato», y al alejarse de sus amigos del brazo del noble, Mimí miró á Ro-



*Rodolfo, trémulo de emoción, le quitó el sombrero.*

dolfo, que pasaba por la mayor de las torturas, y con la mano le hizo un gesto que significaba que la etiqueta impuesta en la alta sociedad no le era nada agradable.

Los demás invitados, siguieron al Vizconde y pronto el comedor llenóse por completo.

Barbemuche, al hacer un movimiento brusco, cometi6 la tontería de verter una copa de vino añejo sobre el vestido de Mimí, que había sido comprado por Rodolfo.

El Vizconde, en vista de la repentina tristeza de Mimí, se apresuró á decirla:

—¡Perdonadle, señorita!... Ese pícaro poema le tiene desconcertado... Pero yo subsanaré su torpeza... Seguidme... Mi hermana se halla de viaje... Esta es su doncella... Buscad en su guardarropa, que de fijo hallaréis algún traje que os venga bien...

Marcelo, por su parte, devorado por los celos, no se alejaba de Muse:te, para vigilarla, y la pícara parecía hacer cosas adrede para mortificarlo más porque no la dejaba en paz y seguía con ojo avizor sus más insignificantes gestos. Rodolfo, por otra parte, habiendo visto como el Vizconde introducía á Mimí en las habitaciones interiores de la casa aguardándola á la puerta de una de ellas, esperaba ansioso verla reaparecer. Finalmente, para unirse como en sus alegrías en su dolor, se juntaron el pin-

tor y el poeta, y, los dos á un tiempo, estupefactos, ahogaron un grito de rabia al ver aparecer á Mimí en el seno de la fiesta, ricamente ataviada...

El Vizconde presentaba, ufano, á la bella codiciada, á sus amistades en general, y por



*Barbemuche, al hacer un movimiento brusco....*

milagro, una vez, pudo Rodolfo contenerse de abalanzarse contra el noble para hacerle pagar caro el mal rato que le estaba haciendo pasar.

Mimí se reintegró al grupo de los bohemios,

por un momento, para consolar á Rodolfo, pero éste fué indiferente para con ella, y Marcelo, como si el vestido que llevaba le fuese repugnante, se limitó á no dar importancia á los encajes y á sonreír con ironía á Mimi.

Después de la fiesta, Rodolfo y su compañera regresaron á su nido.

Rodolfo estaba aparentemente tranquilo, pero una fuerte excitación acumulaba en su pecho inmensos deseos de dilucidar de una vez para siempre las dudas que en él habían puesto los dos seguidos encuentros del Vizconde y Mimi.

Esta, apenada por el incidente ocurrido por culpa de Barbemuche que había manchado su vestido, permanecía silenciosa en un rincón cerca del lecho; y al ir á abrir el paquete que había hecho con el vestido regalado por Rodolfo,—pues todavía llevaba puesto el de la hermana del Vizconde—, el poeta salió de sus casillas y ocurrió una desagradabilísima escena.

—¡Dama!—la dijo Rodolfo, reclamándole el vestido de poco valor, ó sea, el suyo—¿Qué significa para tí este mísero «harapo» que te he comprado yo?

Y sin dar tiempo á la reflexión, Rodolfo destrozó nerviosamente el vestido comprado por él, tirando sus trozos al suelo.

Luego, más colérico aún, prosiguió:

—¡Tú lo que anhelas son sedas, encajes y ricas joyas!... ¡Tu cariño fué siempre una comedia vill!

Mimi, suplicante, arrodillada ante él, le objetó:



—¿Qué significa para tí este mísero «harapo»...?

—¡No tienes razón, Rodolfo! Tus dudas son infundadas, y tus ataques injustos... ¡Siempre te he sido fiel!

Pero Rodolfo estaba como loco; no la oyó y, perdido el freno de su impetuosidad contagia-

da de celos terribles, gesticuló delante de Mimi y la ordenó:

—¡Fuera!... ¡Márchate de aquí!... ¡No quiero volverte á ver!

Presa de un pánico indescriptible, Mimi obedió á Rodolfo marchándose de su casa, y



*Y sin dar tiempo á la reflexión, Rodolfo destrozó..*

cuando ya sus voces no podían alcanzarla, para detenerla, Rodolfo, entre sollozos de rabia y dolor, gritó en la escalera:

—¡Mimi!... ¡Mimi!... ¡Vuelve!... ¡Vuelve!...

Sus lamentos tardíos se perdieron en el vacío...

Falta de todo amparo y protección, Mimi se había confiado á su antigua patrona la modista Amelia quien, con frases astutas, procuraba inclinar su ánimo en favor del Vizconde Pablo. Este visitaba á menudo á la hipócrita



—¡Fuera!... ¡Márchate de aquí!... ¡No quiero volverte á ver!

intermediaria, y la última respuesta que de ella había recibido era la siguiente:

—Es demasiado pronto todavía... Aun se acuerda del Poeta... Armáos de paciencia.

Bajo la indicación de Amelia, Mimi mandó á

una amiga de taller á casa de Rodolfo, y ésta, al presentarse al poeta, le dijo:

—Vengo á buscar la ropa de Mimí.

Rodolfo, con cierta brusquedad primero, mas serenándose á tiempo, fué amontonando las «cosas» de la ingrata...

En el cuarto vecino, entretanto, Marcelo, de cuyo nido también había volado el pájaro, dejándolo impaciente y con un humor de mil demonios, pintaba el retrato de un cliente circunstancial, corroborando aquello de que el modelo es una víctima cuando el artista se halla preocupado.

Las pausas en su tarea, de Marcelo, eran incontables, pues á cada momento le parecía que Musette entraba en el portal de la casa para hacerse perdonar; y tantas veces como el pintor se asomaba á la ventana, el cliente, afortunadamente de buena pasta, aguantaba la «pose», hasta que al «ilustre» le viniera bien de proseguir la tarea empezada.

Pero ¡cómo era posible que Marcelo pudiese trabajar si las horas pasaban y Musette no volvía!...

Una vez, buscando, debajo de un mueble, un pincel que él había tirado al suelo, Marcelo encontró un papel arrugado pero cuyo contenido no podía ser más elocuente. Decía así:

*“Adorada Musette:*

*Desde nuestra entrevista en los salones del Vizconde Pablo, no he vuelto á tener la dicha de veros. El sábado se celebrará el baile de la Prensa. ¿Queréis que os conduzca á él? Os proporcionaré un disfraz que llamará la atención. Venid á casa, y hablaremos.*

*Vuestro rendido adorador La Bruyère.”*

En acabando la lectura de dicha carta, Marcelo, que ya se temía algo por el estilo, no pudo reprimir esta exclamación:

—¡El diablo cargue contigo!

El original del cuadro se atribuyó la frase y contestó, no volviendo de su asombro:

—¿Conmigo?... ¡Pues me gusta la frescura!

Inmediatamente, Marcelo reunióse con Rodolfo, en el cuarto de este último donde una señorita aguardaba el lío de «cosas» de Mimí, y le enteró:

—¡Musette me abandona por el imbécil de La Bruyère! Esta noche irá con él al baile de la Prensa.

Rodolfo se irritó más y le propuso:

—¡Pues bien! ¡Vámonos todos esta noche al baile! ¡Iremos con una amiguita cada uno, para que rabie!

Eso lo había dicho Rodolfo para dar lugar á que la enviada se lo contara á Mimí, disimulando de este modo su enojo y aparentando una indiferencia que estaba lejos de sentir.

—¡Me parece muy bien!—replicó Marcelo— ¡Y tú serás también de la partida!—dijo á la amiga de Mimí, gentilmente.

Con la idea de ir aquella noche al baile para vengarse de Musette, volvió Marcelo á su «estudio», donde le seguía esperando el cliente bonachón, y á donde acababa de llegar Schounard.

Una detenida mirada al frac gris que llevaba puesto el cliente, hizo tomar una maquiavélica determinación á Marcelo, que le dijo:

—Caballero, vuestro retrato lo terminará mi colega, que es una verdadera notabilidad en el género... Es preferible que se quite usted el frac, y con esta bufanda estará usted mejor.

Schaunard, listo como él solo, adivinó la sorpresa que Marcelo iba á prepararle á su cliente, no devolviéndole el frac; y sacrificándose en aras de que todo le saliera bien, continuó el cuadro (?)

En el momento en que la oficiala del taller de Amelia se despedía de Rodolfo, éste le preguntó con quién vivía Mimí.

—La señorita Mimí vive en la casa de la señora Amelia—le contestó ella.

Al saber Rodolfo que Mimí había pedido protección á su patrona, cuyo papel muy claro ahora veía, tuvo un arranque de fiereza, y qui-

tándole á la enviada lo que iba á llevarse, exclamó:

—¡Pues bien, decid á Mimí que si quiere su ropa, venga personalmente á recogerla!

Contagiada del enfado de Rodolfo, la modista se fué, funfurrñando contra él, porque la había hecho esperar una eternidad al fin y al cabo para obtener un chasco.

Quedóse de nuevo solo en su cuarto Rodolfo, y su fiereza, cediendo al recuerdo de la ilusión fugaz, convirtióse en melancólica contemplación de los objetos y las ropas de Mimí...

Marcelo, con la valiosa prenda de vestir del bonifacio de su cliente, reunióse por segunda vez en el espacio de unos minutos con Rodolfo.

—¡Ya llegó la ocasión de empeñar yo mi frac!—gritóle, enseñándole la prenda.

Rodolfo seguía en su doloroso mutismo, y Marcelo comprendió...

—¡Bah! ¡Olvidemos á esas mariposas volubles!—le aconsejó el pintor.—Haz como yo, amigo mío...

Si los gestos de una persona reflejasen su estado de ánimo, no cabía duda que Marcelo estaba contento; pero no siendo así, detrás de sus ademanes se adivinaba el enojo sentimental por el abandono de su inconstante Musa.

Sin embargo, con gestos, disimulaba para crecerse á los demás. ¡Sublimes muchachos!

Amelia refirió á Mimí á su manera el resultado de la visita á Rodolfo de su compañera de taller, terminando así:

—¿Ves como tengo razón? Rodolfo ya no te quiere. Mientras tú sufres y lloras, él se irá alegremente al baile de la Prensa con otra nueva amiga. Acaba de decirlo la muchacha que fué á buscar tu ropa....

Esa noticia hizo mucho daño á Mimí y á la par que sentía crecer en su alma el amor hacia el único hombre que supo abrir sin esfuerzo las puertas de su corazón, un caudal de lágrimas suavizaba la amargura de la inmensa pena....

Por la noche, á la puerta del teatro donde había de celebrarse el baile, se sucedían los coches y un brillante desfile de alegres humanos.

Una mujer, Mimí, ocultándose entre los vehículos, no apartaba su vista del numeroso gentío que desaparecía por el fondo del lugar de diversión, ávido de entregarse al olvido de que el mundo es un infierno, en los brazos de algún ángel fascinador.

Musette y su actual amigo, La Bruyère, se aparearon de un coche, muy cerca de donde se hallaba apostada Mimí, quien, al reconocer á

aquella, cubrióse, el rostro y se alejó deprisa de allí.... Pero Musette la había visto y, con su acompañante, lograron detenerla en su fuga. Preguntada, contestó:

—Rodolfo vendrá esta noche—le espero hace largo rato—¡tengo, de precisión, que hablar con él!

—Ven con nosotros, Mimí, á nuestro palco, y será mejor....

Mimí había aceptado y, oculta en un rincón del palco de la coqueta radiante de hermosura y arrogancia, rogaba por que Rodolfo llegase pronto.

Marcelo y Rodolfo ya estaban en el salón, cada uno «acompañado» de dos—para darse más aire de indiferentes tenorios—amigas con disfraz.

Sin embargo, un buen observador hubiera visto que la atención de los bohemios no estaba precisamente en ellas, sino en otras mujeres que sus ojos, inquietos, buscando estaban por todas partes.

Inevitablemente, Marcelo descubrió á Musette flirteando con desparpajo con La Bruyère y otros, y parapetándose detrás de sus «amigas», debajo del palco, la molestó con palabras:

—¡Coqueta!—empezó por decirle, después de haber arrojado en las mismas narices de

La Bruyère un ramillete de flores con un cuerpo duro disimulado en ellas.

Musette, por la «broma» y el «piropo» supo quien era el que le buscaba el cuerpo, é hizo inauditos esfuerzos para contenerse y fingir delante de su galanteador, pero aprovechó el



*Mimí había aceptado, y rogaba por que Rodolfo llegase pronto.*

menor descuido de éste para contestar al «insolente»:

—¡Mamarrachol

—¡Bruja!—añadió Marcelo, sin dar la cara.

—¡Pintamonas!

Uno y otro se cansaron de insultarse y Marcelo, para ventilar sus cargadas ideas perdióse en el círculo que gozaba sin más preocupación que la del momento: vivir!

Rodolfo, que, por su parte, había visto á Mimí y ésta á él, se le presentó cuando ella salió del palco de Musette, y, con voz velada por la emoción—sincera pero no tan fuerte como la de ella—, la preguntó:

—Mimí, ¿por qué has venido?

—...Porque necesito hablarte, Rodolfo...

—Ansío escucharte, dime lo que quieras... yo te creeré...

—Tu injusto proceder para conmigo me ha llegado al alma.... ¡Soy muy desgraciada!

—¿Me perdonas?

Una incontenible avalancha humana arrasró consigo á Rodolfo, separándolo de Mimí. Tras grandes esfuerzos, el poeta pudo permanecer apoyado en una pared frente á Mimí, quien, como él, rechazaba con las manos á las máscaras que circulaban sin freno demasiado cerca de sí.

A pesar de la especie de lucha que había de sostener con las máscaras para no moverse de su sitio, Rodolfo tenía sus ojos fijos en Mimí, y con sus propios ojos, para colmo de fatalidad, vió como el odiado Vizconde, apareciendo á pocos pasos de donde estaba «imposibilitada»

Mimí, se acercaba á ella, empujando á todo aquel que se le echaba encima, y la murmuraba algo al oído.

Mimí, maldiciendo su suerte, pedía piedad á Rodolfo, pero el Vizconde era cada vez más insinuante y el poeta, con el corazón más destrozado que nunca, aceptó como indiscutible la duda de que Mimí había ido al baile para ver al noble, o algo parecido, y en lugar de acudir á protegerla de las garras del gavilán, renunció á ella para siempre huyendo sin vacilar hacia su casa.

Mimí, tan pronto como pudo, escapó al Vizconde, y partida el alma, despavorida, echó á correr hasta el portal, cuya puerta estaba cerrada, del domicilio del poeta.

Mimí hubiese querido gritar, pero se le hizo un nudo en la garganta. Sintiéndose perseguida por el persistente Vizconde, Mimí golpeó con los puños la sorda madera, clavó en ella sus uñas y, temblando toda, sollozó:

—¡Rodolfo... por piedad... no me abandones!...

Cuando estaba próxima á desfallecer, lentamente el noble se apoderó de la desesperada muchacha, y la condujo á su coche que rodó rápidamente sobre las piedras, arrancando del alma de éstas, sonoras protestas contra tanto sufrir de la pobre Mimí.

¡Estaba escrito!



¡Estaba escrito!

Con el fin de disipar sus congojas y pesares, el poeta y el pintor cambiaron de domicilio. Y en vista del fracaso de «El Paso del Mar Rojo», Marcelo procedió á transformar su cuadro en otro que debía titularse «Jonás tragado por una ballena».

Pero la alba paloma, que le había seguido, traía á su memoria las felices escenas que él quería olvidar... mientras la mimada gatita, que no se había separado de él, recordaba á Rodolfo horas más placenteras...

Para no distinguirse de sus amigos, Schounard extendió el pasaporte á Phémie, la llorona, como se nos ha ocurrido llamarla aquí, y por supuesto su llanto, por tan grave motivo, fué extraordinario:

—Mis amigos se han quedado viudos, y como yo debo imitarlos, ¡has muerto para mí!—le había dicho el músico.

Rodeada de lujo y de molicie, de halagos y de mimos, la «Vizcondesa» Mimí no era dichosa. Su corazón y su pensamiento seguían habitando en la bohardilla, al lado de Rodolfo...

El libro de poesías de Rodolfo obtuvo un éxito resonante y según las manifestaciones de Schounard, todos los críticos elogiaban la obra en cuestión.

Marcelo, rebuscando un asunto sorprenden-

te para su cuadro, le había, al fin ¡salido una bella carabela!, es decir, prefirió ahogar la ballena....

Mimí en sus regias habitaciones, hojeaba el libro reciente de Rodolfo y en cada página, en cualquier parte, leía los lamentos del poeta que eran reproches para ella.

Como recuerda el pájaro su nido  
 Cuando recorre la región azul,  
 Así, ingrata, recuerdo yo el idilio  
 Que deshiciste tú!

El Vizconde, causado de sorprenderla «leyendo á Rodolfo», y «harto» de todos los bohemios, no aguantó más su paciencia, y para empezar á alejar de Mimí todo lo que se refiriera á los artistas, le quitó el libro de poesías que ella ocultara cuando él se presentó en su aposento, y lo arrojó al fuego. Después de esto, dijo á Mimí, que no le escuchaba:

—Dentro de un cuarto de hora volveré... ¡No me hagas esperar, pues esta noche, aunque tu propósito fuera el contrario como otras veces, quiero que me acompañes al baile!

Antes de que desapareciera el Vizconde, Mimí, con loco frenesí, salvó de las llamas, á riesgo de quemarse las manos, lo que quedaba del libro de Rodolfo. Aquél, sonriendo burlesco, desapareció...

Sedienta de palabras de su único amor,

aunque con ellas, injustamente, la fustigara, Mimí siguió leyendo los versos que quedaron en los trozos respetados por las llamas; y la lectura del verso siguiente:

Vuelve, que en el silencio de la noche,  
¡Entre sueños, te llamo sin cesar!  
Ven que mi corazón tan sólo ansía  
¡Amarte... y perdonar!

hizo derramar lágrimas de arrepentimiento á Mimí...

Ni un minuto más, desde que leyera las lamentaciones de Rodolfo, quiso ella permanecer en la casa del Vizconde... y se marchó de ella para no volver á pisarla jamás aunque se muriera de hambre. ¡Si Rodolfo sufría, á ella también le correspondía sufrir... sola, para que su pensamiento y su cuerpo y su alma, juntos é inseparables, pertenecieran á él exclusivamente!

Mimí recurrió á su ex patrona Amelia para que le proporcionara una colocación en su casa, pero aquélla le negó su apoyo porque ya no le interesaban «sus servicios»... lo mismo que al Vizconde. *¡Pasó la ilusión... huyó el deseo!*

Desde entonces, pues, para la desdichada Mimí comenzó nuevamente una vida de trabajo, de miserias y privaciones, que minaba lentamente su delicado organismo.

Vivía, realquilada, y estaba atrasada de pago, en varios sitios... Menos mal que la dueña del piso, del que ella ocupaba un cuarto, admirada de su bondad, no la importunaba con la más ligera insinuación de urgencia de pago...

Y de esta triste suerte llegó la Navidad...

En muchas casas se celebraba la Nochebuena, esa fiesta tan alegre (1) para los pequeños, que ven colmada en ella su felicidad... ¡tan triste y desabrida para los que no tienen ni familia ni hogar!

Mimí lloraba, contemplando, á través de los empañados cristales de una ventana, los copos de nieve que blanqueaban París....

Marcelo y Rodolfo, más tristes y solos que nunca, quisieron librarse de una vez, en un arrebato de celos, de todo lo que aun conservaban de las *ingratas*.

Marcelo empezó á alimentar el fuego del hogar con objetos pertenecientes á Musette y Rodolfo le imitó luego. Sin embargo, pronto se agotaron sus «energías» y ambos «grandes muchachos», tristes como los niños cuando van á separarse de algo querido, cesaron de quemar su propia carne con las valiosas nimiedades que conservaban la suavidad del roce de las Musas perdidas....

(1) La acción de la obra tiene lugar en Francia.

Cuanto más baladí el recuerdo era, tanto más se resistía á desprenderse de él el corazón.

Mimí, para hallar consuelo vertiendo lágrimas por el amado, devoraba, á la pálida luz de una lámpara, sus versos:



*Mimí, para hallar consuelo, devoraba, á la pálida luz...*

¿Qué fué de su mentido juramento?  
 ¿Qué de su amor falaz?  
 ¡Pasaron, como rasga el firmamento  
 Relámpago fugaz!  
 Cada verso, cada nuevo reproche enardecía

más en Mimí el deseo de implorar á Rodolfo su perdón.

Poco después de lo referido, y mientras Schaunard, el músico, y Colline, el filósofo, celebraban económicamente la Nochebuena... y la tornadiza Musette cenaba entre su preferido, La Bruyère, y el Vizconde Pablo... Mimí, la sin ventura, atisbaba á través de las empañadas vidrieras, el interior del café de Momo.

Schaunard vió á Mimí, que intentó huir al verse descubierta, pero éste y Colline la alcanzaron y escucharon de ella, enferma de cruel enfermedad, esta confesión, tras de la cual cayó en sus brazos, desfallecida:

—Quería ver á Rodolfo... ¡por última vez!

A la mañana siguiente, Schaunard y Colline enteraron, con la debida forma, á Rodolfo, del estado de Mimí.

—La pobre Mimí está gravemente enferma, y la hemos conducido al hospital, convencidos de que allí estará mejor atendida que en su miserable bohardilla. —le dijo Schaunard.

—La desdichada tiene grandísimos deseos de volver á verte. —añadió Colline.

—Perdónala, Rodolfo... —intervino, abrazándole, Marcelo — ¡Cuánto ha debido padecer la infeliz!

Rodolfo, ¿qué duda había?, perdonaba y ardía

en deseos de estrechar en sus brazos á su Musa....

De modo que Mimi, en el hospital, tuvo la dicha inmensa, en medio de sus temores, de recibir esta carta de Rodolfo:

*“Sé que has sufrido mucho, y te perdono, mi*



*—Quería ver á Rodolfo... ¡por última vez!*

*querida Mimi. Ardo en vehementes deseos de encontrarme á tu lado; pero hasta el miércoles, que es el día de visitas, no podré ir por tí. Después, vendrás conmigo, para llenar de gozo, de luz y de alegría, mi nueva habitación, que no co-*

*noces. Procuraré alhajarla de manera que resulte digna de tí. Entretanto te abraza tu*

*Rodolfo.“*

Se hicieron muchos preparativos para recibir dignamente á Mimi; y todos los amigos que constituían el Cenáculo, nombre con que, humorísticamente, habían bautizado ellos mismos su peña, rivalizaron en adquirir obsequios para Mimi.

Marcelo compró una manta con el dinero que le restaba de la venta de su cuadro «La Carabela de Colón», el cual, al regresar, vió en el escaparate de un sucio bodegón, con un rótulo abajo que decía: «El puerto de Marsella». ¡Caracoles! ¡Vaya una colección de titulitos para una sola tela!

Colline vendió su gabán, despidiéndose de él con gran sentimiento. ¡Habían sido tan buenos compañeros!...

En fin, todos, cada cual por su lado, compraron algo para Mimi.

Musette, volvió ese día á reconciliarse con Marcelo, que buena alegría se llevó, y para darle su postrimer adiós... y sus últimos besos, porque dentro de una semana, aunque pareciera una broma, se casaba como Dios manda con el ilustre Silvio Pomponneau. Si era para una cosa tan seria, Marcelo no podría hacer menos que resignarse á perder á su Musa; pero, en-

tonces, ¿qué ballenas ni qué carabelas pintaría sin Musa?

Y tras largos días de espera, llegó, por fin, el anhelado miércoles, que debía colmar las amorosas ansias de Rodolfo y Mimi.

La reconciliación verbal fué de intensa emoción: Marcelo, Musette, Colline y Schaunard presenciaron, algo apartados, el choque de los cuerpos de Rodolfo y Mimi... hasta que ésta, mientras el poeta, viéndola tan enferma, lloraba ocultando su rostro contra su pecho, los llamó á su lado...

Y todos la colmaron de tiernos agasajos...

Marcelo la dijo:

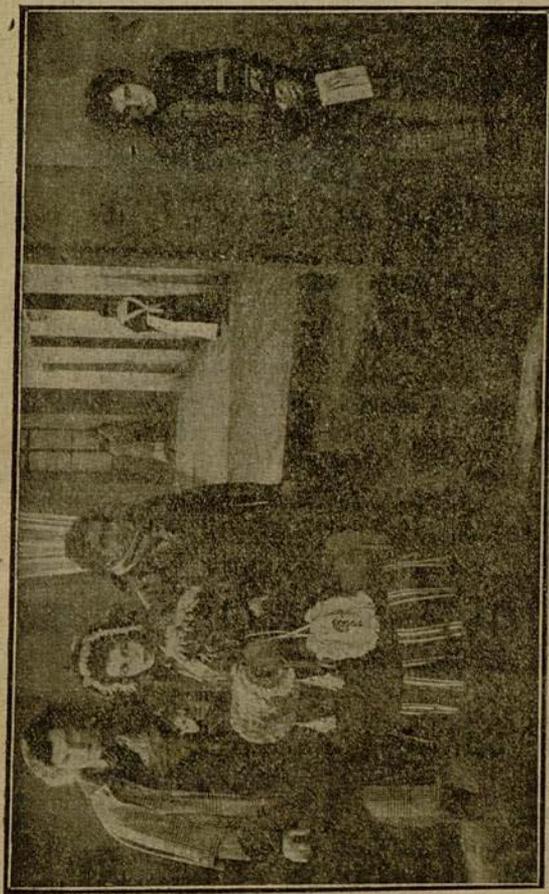
—Los bohemios desean coronar hoy á su querida Reina y, al efecto, han venido á buscarla, llenos de ilusiones; y le tienen su pequeño palacio alhajado con gusto y cariño para, en él, recibirla dignamente...

Musette, que comprendió el sufrimiento atroz de Mimi, volvió el rostro para llorar, y le regaló un manguito, convirtiendo en tan triste ocasión, en realidad, un deseo de Mimi.

Mimi contestó á Marcelo:

—Hoy no puedo seguiros, mis queridos amigos... Me siento débil... El próximo miércoles, que estaré más repuesta, tendré la inmensa alegría de acompañaros.

Todos los presentes tenían la convicción fa-



*Marcelo, Musette, Colline y Schaunard, presenciaron...*

tal de que no volverían á verla y el adiós fué de los más dolorosos que se conozcan.

—Sí Rodolfo está triste, consoládle—¡No me le abandonéis á su dolor!—les imploró, aparentando estar tranquila.

Fueron los bohemios los últimos en marcharse del hospital, pues terminaban las visitas, y el último de ellos, naturalmente, Rodolfo, que á pesar de la repetida escena indescriptible de su separación, *hasta el próximo miércoles*, de Mimi, aun, alejándose por los corredores del hospital, sentía que una fuerza oculta, á la que resistía para evitar á la enferma mayor dolor después de cada nuevo beso, le tiraba hacia Mimi porque se estaba muriendo.

Y en sus oídos, como una burla, una voz misteriosa le repetía las últimas palabras de Mimi:

—No te aflijas, Rodolfo... Pronto estaré curada... La semana que viene me iré en tu compañía... ¡y jamás volveremos á separarnos!

\* \* \*

Caía la nieve; un albo manto tapizaba el camino que conducía al hospital... Se alejaban los bohemios callados y adoloridos... Rodolfo lloraba...

Mimi quiso ver á su único amor por última, sí, última vez, y se levantó del lecho, pisó el ingrato suelo con sus descalzos pies y, crispada

sus manos contra los cristales de una ventana, á través de los cuales volvió á ver á Rodolfo, lentamente, como los copos de nieve,



*... y, crispadas sus manos contra los cristales de una ventana, ..*

fué curvándose su vencido cuerpo hasta, ¡oh pobre criatural, caer bruscamente, sin vida, sobre las frías losas, pero su alma, antes de su-

bir hacia el Infinito, besó en la frente, irremisiblemente por última vez, al desconsolado Rodolfo.

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

PRÓXIMO NÚMERO:

La sentimental novela cinematográfica

**¡POBRE VIOLETA!**

por la insigne **POLA NEGRI**

¡ENORME ÉXITO!

Postal-fotografía: **EVA MAY**

Sale todos los miércoles. Precio 25 cts.

¿Tiene usted completa nuestra colección?

**¡COLECCIONISTAS!**

No olvidéis que nuestro NÚMERO ALMANAQUE tan esperado saldrá el día 29 de Noviembre y se pondrá á la venta **á las 9** de la mañanc.

Lo hacemos constar para que nuestros coleccionistas estén sobre aviso y no permitan que el público flotante adquiera los almanques, por ser preciosos, y por consiguiente, los álbums, y luego se encuentren con que la edición se ha agotado. ¡Alerta, pues, amigos!

E. Verdaguer Morera - Topete, 16 - Tarrasa

## La Novela Semanal Cinematográfica

Números publicados

1, No hay juegos con el amor (3 ediciones). 2, El Valle Florido. 3, Amor de madre. 4, La Virgen de las Rosas. 5, La culpa ajena. 6, De hombre á hombre. 7, Una mujer. 8, Pesadillas y supersticiones (extraordinario). 9, Desinterés. 10, El Hábito. 11, Jimmy Sansom, El Aventurero. 12, La primera novia. 13, El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada). 14, El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada). 15, La tormenta. 16, Flor de amor. 17, La Pantera Negra. 18, Bajo dos banderas. 19, Corazón de lobo. 20, Sueños juveniles. 21, El mundo y la mujer. 22, Corazones humanos. 23, El premio gordo. 24, La desconocida. 25, Robín de los bosques (extraordinario). 26, La Verdad Desnuda. 27, El octavo no mentir. 28, Cleo la francesita. 29, La hija del pasado. 30, La chica del taxi. 31, La hija de los traperos. 32, El príncipe escultor. 33, Llovido del cielo. 34, Mujeres frívolas. 35, Al calor del hogar. 36, Sapho. 37, Directo de París. 38, Lo que vale una mujer. 39, El Valle de los Gigantes. 40, La sombra del padre. 41, Madame Morland (extraordinario). 42, Un juego peligroso. 43, De mal agüero. 44, Veintitrés horas y media de permiso. 45, El delincuente. 46, La hija del arrabal. 47, El rancho del oro. 48, El falsario. 49, De los confines del silencioso Norte. 50, Entre hielos. 51, La Rosa de Nueva York (extraordinario). 52, El precio de la belleza. 53, Contra viento y marea. 54, No me olvides. 55, En los jardines de Murcia. 56, Sacrificio de amor. 57, Eugenia Grandet. 58, La Bohème (extraordinario).

## La Novela Semanal Cinematográfica

### Postal-fotografía:

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menicelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy. 54, Charles Hutchison. 55, Gloria Swanson. 56, Rodolfo Valentino. 57, May Mac Avoy. 58, Mario Bonnard.

---

**Este número ha sido sometido á la prévia censura militar.**

---